

Margarita Aguirre

# Cuaderno de una muchacha muda



**NOCHE** estuve pensando en pequeñas cosas de mi infancia. Comencé por recordar cuántas baldosas rotas tenía el primer patio de la casa. Estoy segura de que eran diecisiete, completamente segura. Las conté un día en que me habían comprado zapatos nuevos y en el que había decidido pisar sólo las que estuvieran enteras. A pesar de ser algo tan pueril, nunca podré olvidarme de que eran diecisiete las baldosas trizadas en el primer patio de la casa.

En cambio, hay otras cosas realmente importantes que no puedo recordar por muchos esfuerzos que haga. Jamás he tenido una idea clara de por qué decidieron mandarme a la ciudad. Apenas recuerdo alguna que otra conversación aislada en la que se evitaba hablar abiertamente de mi próxima partida. Pero cómo me dieron la noticia es algo que no puedo recordar. Nunca he sospechado qué razón tuvieron para hacerlo y francamente creo que no me la dieron. Aunque no podría asegurarlo.

Mis voces tienen color. Son rojas, oscuras, como la sangre muerta, como la costra de las heridas y los rasguños. Palabras estancadas que se ahogaron en lo azul y rojo de mis venas. Heridas de sangre muerta en la quietud de mi garganta. Lamentos desesperados que estremecen la punta de mis dedos. Mis voces. ¡Pobres voces destempladas! ¡Cómo asustan, conmueven y tiñen de rojo oscuro mi vida!

Se me figura que dentro de mí existe una ciudad. Una ciudad toda blanca y de torres delgadas. Sobre ella cae una luz incierta, misteriosa. El sol no brilla nunca, ni se conocen las flores. Es una ciudad de calles siempre iguales y quietas. En los pequeños balcones de sus casas jamás hay una figura. Nunca sucede nada. Es una ciudad de juguete con la que nadie ha jugado.

El hermanito Juan tiene los ojos fijos como los ojos de las muñecas y casi tan brillantes como ellos. Si la señorita Ana nos hubiera dejado solos, los habría tocado, porque estoy segura de que ni así se hubieran movido. Por la boca le chorrea un hilillo de baba azul lleno de espuma blanca. El hermanito Juan ya no quiere nada. Creo que está pensando en cosas que nosotros no podemos comprender. Por eso no habla, ni mira, ni oye. Está por encima de todo. Cuando se puede prescindir de estas cosas es cuando uno se ha llenado completamente de sí mismo. Entonces se adquiere lo que la señorita Ana llama «estado comatoso» y que me parece no es otra cosa que una libertad absoluta de lo que nos rodea.

Me miré las manos, así, de golpe, y sorprendí en ellas una inquieta niebla. Querían decirme algo. Lo advertí en la aguda transparencia de las venas y en un ligero temblor a lo largo de los dedos. Y supe comprenderlas. Porque he aprendido a observar que las palabras que no nacen, mueren dolorosamente en las manos.

Las palabras que en mí nunca podrán ser, atormentan mis manos. ¡Y da pena sentir las morir en la punta de los dedos—casi a flor de piel—nublando apenas la transparencia de las venas!

He visto unos maravillosos dibujos en colores. Hubiera querido comerlos. Hacerlos míos para siempre. Metérmelos por los ojos adentro. Los miré mucho porque sabía que iba a pasar esto: tenía que perderlos, olvidarlos. Siempre es lo mismo. Cuando más quiero aferrarme a algo, ese algo se me escapa.

Hoy he sentido nuevamente ganas de comer flores. Bajé al jardín y corté una rosa. Estaba caliente, blanda. Su extraño sabor me produjo escalofríos. Oprimí los pétalos lentamente con mi lengua contra el paladar y permanecí con los ojos cerrados.

Quisiera que, de pronto, mi cuarto se inundara de azul. Ese azul denso de las madrugadas que todo lo torna azul. Azul mi cama, azul mi puerta, el techo, el suelo. El aire lentamente tiñéndome de azul. Para perderme, para sentir que escapo a este grito rojo, oscuro y sofocante que me envenena la sangre. Diluir-

me en el azul de la madrugada como el canto de un gallo. Deshacerme en el corazón mismo de lo azul hasta que el aire me crea una bandera y con su silbo imponga silencio a los pájaros.

Me dijo la señorita Ana que el hermanito Juan había tenido anoche otro ataque. ¡Pobre hermanito Juan! ¡Siempre fué conmigo tan bueno! Recuerdo que cuando llegó aquí me acompañaba al jardín.

—Dame el sol, hermanita Tacha—me decía—. Dame el sol para llevarlo esta noche a mi cuarto.

¿Por qué me diría siempre hermanita Tacha? Nadie me ha llamado nunca así. Claro que no hay dos personas que nos llamen de la misma manera.

¿Por qué nunca podremos ser los mismos para todos? Somos tantos que por eso no somos nada. La señorita Ana dice: «la enferma de la pieza cincuenta y seis». Está convencida de que soy sólo la enferma de la pieza cincuenta y seis. Pero soy también la hermanita Tacha y muchas más. Y tantas más, que hasta puedo perderme. Pero nunca dejaré de ser la hermanita Tacha porque él siempre fué bueno conmigo y le quiero mucho, mucho.

Hay palabras que me gusta recordar hasta desgastarlas. Campana, por ejemplo, y naranja. Campanas, campanas y naranjas. Adoro estas palabras. Me gustaría escribirlas en las paredes, dibujarlas en los árboles y en el cielo. Son palabras dulces, cristalinas. Palabras que acompañan. Campanas y naranjas. Quisiera que fueran solamente mías, que nadie las dijera nunca. Mis campanas. Mis naranjas.

Una vez me llevaron a conocer el mar. Cuando yo era casi tan pequeña como la Biruja. Y al principio le tuve odio, más odio del que le tiene el hermanito Juan al oso amarillo. Fué porque mi hermano, que tampoco lo conocía, dijo que el mar hablaba igual que yo: con ronquidos. Eso me molestó. Y no quise ir a saludarlo de cerca, como lo hacían los demás. Me quedé oyéndolo, tendida de espaldas a su orilla. Entonces me pareció que sus olas me llamaban y fuí girando sobre la arena lentamente hasta quedar frente a él. Era una superficie ondulante, de color azulverde y verdeazul. Sus olas, bordados caprichosos de encaje blanco. En el fondo el cielo, tan cielo como siempre. Sentí, de pronto, una de mis manos pesada, gigante, casi poderosa, y comprendí que al empuñarla podría arrugar al mar como a un papel, y que debajo encontraría un mundo azul cielo, y espuma blanca, de torres delgadas, de escaleras estrechas, de flores con ojos amarillos y grandes mariposas. En un instante lo vi todo, hasta la más apartada calle hecha de estambres de amapolas violetas, hasta el último puente lustroso y resbaladizo de cochayuyo sin nacer aún. Percibí su olor pesado y oscuro, y lo supe amargo. Cerré los ojos, grité más fuerte que él y enterré mis manos en la arena.

A veces se me ocurre que mi cuerpo es un camino largo y sombreado y por la noche suelo sentir el galope monótono y triste de un caballo. Es un caballo ciego. Por eso recorre arriba y abajo el camino largo y sombreado de mi cuerpo.

La Biruja tiene ocho años y es rubia. Está siempre en una silla de grandes ruedas. Generalmente le ponen una manta sobre las piernas; pero yo se las he visto: son muy delgadas y transparentes, tan blancas que parecen azules. Los pies son chiquitos y un poco doblados hacia dentro. La quiero mucho porque es casi una muñeca y sus ojos hundidos están siempre tristes. Le alcanzo cuanto desea, y cuando no la bajan al jardín, le llevo alguna cosa, aunque sea una piedra, porque sé que le gusta tener algo entre las manos. Somos bastante amigas, a pesar de que yo soy más grande y ella no puede comprender todas mis cosas. A mí me gusta cuidarla y pasarme la tarde a su lado. Suele contarme extrañas historias, mientras estoy sentada a sus pies, dejándola jugar con mis cabellos.

Hoy me he sentido cansada. Más cansada que nunca. Como si llevara un peso sobre los hombros, una cabeza demasiado grande, a punto de dar vueltas. Me dejé caer sobre la cama, boca abajo, como si me hubieran derribado. Empecé a compararme con el farol que se ve desde la ventana del comedor. Como lo he visto en las noches de niebla, naturalmente. Me comparé con él porque es lo más triste y desamparado que conozco. Me dieron ganas de poder preguntarle a alguien:

—¿Conoce usted algo más triste que un farol en una noche de niebla?

Y sin saber cómo, estuve llorando sin consuelo toda la tarde. Me doy cuenta de que mi vida es más triste que la del farol: no tengo ni siquiera el calor pálido de una luz. Y no puedo dejar de llorar al sentirme tan

triste y desamparada, más aún que un farol en una noche de niebla. Mucho más.

Estoy condenada a que nadie me oiga. Y este silencio es mi medida. Es como una fosa negra, profunda. Aquí me consumo. ¿Qué importa haber visto los árboles verdes y tiernos, las finas raíces transparentes del agua, el camino desdibujado de las nubes?, ¿Qué importa pensar y escribir y llorar junto a las rosas? ¡Todo es tan inútil!

Si uno pone todo su empeño, si lo desea con todas sus fuerzas y se queda rígido durante mucho rato, ¿será posible morirse?

Esta mañana, cuando estaba en el jardín con la Biruja, volví a sentir las manos pesadas. Estuve tratando de hacerle comprender lo que yo creo: que las palabras se amontonan en mis manos y las hacen pesadas. Pero la Biruja no se dió cuenta de lo que esto significa. Me dijo que por qué no las sacudía hasta que cayeran las palabras.

Es terrible y creo que nadie puede comprenderlo. Ni siquiera el hermanito Juan. ¡Y mis manos sufren tanto con el peso de las palabras que nunca podré decir!

Anoche tuve un extraño sueño. Era un día de verano, y había una diferencia muy marcada entre las sombras y la claridad de una mañana de sol. En algo

así como un estero, veía las espaldas desnudas de varios muchachos que se entretenían jugando en la arena. Lo extraño era el color de esas espaldas. Eran casi negras, relucientes. De pronto noté que del cabello mojado se desprendían gotas de agua, transparentes y gruesas, que no se deshacían al correr por ellas. Tuve entonces un extraño placer, y me vi escondida detrás de unos árboles, siguiendo con ansiedad el camino lento recorrido por las gotas de agua en las espaldas lustrosas. Creo que en un momento sentí el terrible impulso de correr hacia ellos y resbalar mis manos por sus tibias espaldas. Pero el sueño se desvaneció, a pesar de que seguí durmiendo inquieta y sobresaltada.

Hace poco vino la señorita Ana a decirme que debía levantarme temprano. No hice caso y me quedé pensando en lo iguales que transcurren los días: desde hace mucho tiempo todos parecen uno: uno repetido hasta el infinito. Siempre igual: levantarse, comer, dar vueltas por los mismos lugares y luego acostarse para comenzar de nuevo.

¿Qué razón existe para que haga esto?

Es cierto que a veces las cosas me resultan amables y sencillas, y ni siquiera se me ocurre que pueda algún día dejar de hacerlas.

Mis compañeros tienen ojos tristes. En vano hacen gestos desesperados para ocultar su pena. Ahí en el fondo, en lo que está casi detrás de las miradas, existe esa niebla sin remedio, esa humedad gris, que

es la tristeza. Los he visto reír, moverse inquietos, sin lograr nunca desprenderse de esta niebla.

¿Por qué son tristes? ¿Por qué todo es tan triste? Me parece que la pena es un veneno. Y yo soy sólo una pobre muchacha condenada al silencio. Este silencio que resume para siempre todas las nieblas.

A la Biruja le han sacado fotografías. Ayer su madre me dió una cuando tropecé con ella en el corredor, a la salida del salón de visitas. No podía creer que era para mí. Nunca me habían hecho un regalo. La señora me explicó muchas veces y en voz muy alta que ella me la daba para que yo la guardara siempre. Sin mirar la fotografía subí a ponerla en mi cuaderno para que ni la señorita Ana la descubra. Es solamente para mí. Para mí sola.

Me da un poco de miedo mirarla. Hay en ella algo detenido, fijo. Algo que asusta. La Biruja no es así. No quiero que lo sea.

Estaba sola, a oscuras. De repente entró la señorita Ana y encendió la luz. Todo se fué de golpe. Y me sentí desgraciada en medio de estas paredes, más paredes que nunca.

*(Al hermanito Juan)*

He pensado que tú debes saberlo. Por eso te escribo. Aunque nunca leas esta carta. Se me ocurre que, de algún modo, por el solo hecho de escribirla, llegarás a enterarte. Pues bien, no sólo te quiero mucho porque siempre has sido bueno conmigo, sino tam-

bién porque tú eres quien verdaderamente me acompaña. Por las tardes, cuando estoy sola y tengo pena, me pongo a conversar contigo. Claro, tú estás en tu cuarto y nada sabes. Pero yo estoy contigo, ¿me comprendes? Te cuento muchas cosas y hasta sonrío y muevo la cabeza. Y tú me entiendes como si yo verdaderamente hablara. Si nunca te hubiera conocido, si tú no existieras, no podría pasar estas tardes llenas de ti, apacibles y dulces, que me hacen sentir, al menos durante esos momentos, lo que la gente llama compañía.

Gracias, hermanito Juan, querido hermano Juan.

Cuando me llevaron a conocer el mar, nos alojamos en casa de unos pescadores. Después de la comida, descendimos a la playa: los grandes quisieron ver la puesta de sol. Yo me senté sola, lejos, en unas rocas negras. El mar estaba casi negro también y sus voces eran fuertes. Al principio me pareció algo enojado. Comencé a mirarlo fijamente, con desesperación, como si fuera lo único que importara hacer en el mundo. Sentí que sus voces me llamaban con violencia. Se revolvía negro y duro a mis pies y sus ronquidos estaban allí, llamándome. Comprendí que debía acudir. Mi cabeza daba vueltas, mi cuerpo entero estaba pesado, como clavado en las rocas, pero era preciso ir. La cabeza me daba vueltas y lentamente arrastraba mi cuerpo. Sí, sí, había que ir. Allá abajo estaba todo, incluso yo misma, completa, indestructible. Separar los ojos, aunque fuera un instante, de las profundidades, era perder el llamado, perder para siempre aquella salvación. De pronto mi cabeza dió vueltas más rápidamente aún. Entonces fué fácil: el cuerpo

aligeró su peso y con los ojos muy abiertos penetré en las aguas saladas.

Por muchos esfuerzos que haga, jamás lograré recordar cómo transcurrieron las cosas allá abajo. Pero debe de haber sido maravilloso. Cuando volví, a pesar de estar muerta de frío y dolorida, una calma blanca y suave me recorría el cuerpo. Dormí durante mucho tiempo en una cama húmeda y estrecha en la que me habían colocado. Después regresamos sin que nadie me dijera jamás una palabra de lo ocurrido.

De mi madre recuerdo algún gesto. Su mirada vaga, que sin fijarse sobre nada, estaba siempre como disculpándose. Mi madre vestía de negro y era en extremo pequeña y frágil. Jamás me quiso. Me miraba como si tuviera miedo de mí. Yo sabía que, al acercarme, ella se estremecía interiormente. Es cierto que nunca me rechazó, pero era porque yo lo evitaba o porque ella no tuvo fuerzas para hacerlo. Fué una curiosa relación la nuestra, regida íntimamente por el miedo, por una distancia velada que nos obligaba a desconocernos.

Anoche pensaba en ella, en su manía de cerrar las puertas, en ese ademán cuidadoso con que alisaba sus cabellos y sobre todo en su mirada vaga, atemorizada. No creo que llegue a quererla, pero me apena su recuerdo, su presencia tan distante.

Parece que me van a cambiar de habitación. Dejarán ésta de abajo para uno que no puede andar. Tendré que subir y bajar escaleras cada vez que salga. A veces me gustan las escaleras y a veces no. Cuando

estoy en ellas pienso: un escalón tras otro, todos iguales, y es necesario llegar arriba o abajo para ver algo distinto. Si me quedo sentada en la mitad de una escalera, siempre alguien me ordena: «Aquí no, suba o baje, pero no se quede ahí».

Me gustaría quedarme por un tiempo muy largo en medio de una escalera. Claro que no me dejarían. Siempre es lo mismo. Las escaleras hay que subirlas o bajarlas. Eso es todo.

Cuando lo vi, llevaba un delantal verde a cuadros, Su cabeza era grande y hermosa como una flor. Nos sentamos juntos, en el mismo banco. La señorita Ana pasó en ese momento y nos ordenó levantarnos y él no le hizo caso, ni siquiera la miró. Después supe que él no oye nada y que sólo entiende lo que se le dice por el movimiento de los labios.

Me había acostumbrado a que las palabras fueran nada más que sonidos. Pero ahora sé que son también movimiento. Si se dice: naranja, la boca es redonda, como si fuera verdaderamente una naranja. Y si se dice: tubo, la boca es alargada, como si fuera un tubo. Desde ahora me gustan más las palabras.

Me había parado en medio del jardín a mirar el cielo. Tal vez si lo miro largamente—pensé—lo sentiré más cerca. Estaba azul, más azul que nunca. Con algunas nubes, tan blancas, que no daban ganas de mirarlas, y no había ninguna necesidad de hacerlo. Lo importante en ese momento era el cielo. Sucedió una cosa muy rara. A medida que lo miraba fuí dejando de verlo. Y, de repente, pensé que yo debía de

tener los ojos azules y que por eso me parecía que miraba al cielo. Porque el cielo se convirtió en una mentira. Fué tan terrible pensar esto, que me sentí mal y la señorita Ana tuvo que traerme en brazos a mi habitación.

Me gustan las cosas hermosas. Estoy segura de que hay cosas verdaderamente hermosas que nadie puede ver. Trato de buscarlas por todas partes, pero no las encuentro. Todo lo que he visto hasta ahora me parece como una promesa. Estoy segura de que hay cosas demasiado hermosas y espero alcanzarlas algún día.

Antes las palabras se morían suavemente en mis manos, nublando apenas la transparencia de las venas. Ahora siento que presionan mis dedos, que pesan en la punta de las uñas, que me atormentan y desesperan en el ámbito blanco de mis manos.

Anoche pensé que la Biruja podía tener razón. Que tal vez sacudiéndolas despacio lograría aliviarlas algo. Pero no me atrevo a hacerlo dentro de la habitación. Prefiero esperar que pase el frío y bajar por la noche al jardín. Mientras tanto, las aprieto un poco y las empaño con mi aliento. Y parece que esto las tranquiliza.

Me he puesto a pensar en mi muerte. Quise imaginarme cómo estaré entonces. Con mis manos tranquilas y livianas cruzadas sobre el pecho. Apenas pensé un momento, porque de pronto me acordé de aquel

caballo en medio del campo. Mi madre me llevó a verlo. Recuerdo sus patas tiesas, su vientre hinchado como si fuera a estallar y unos ojos terriblemente confundidos con el pasto del potrero. Me puse a llorar desconsoladamente. En vano mi madre me decía que era sólo un animal. Yo lo sabía y precisamente por eso lloraba. Por ser animal lo dejaban así, solo, abandonado, hasta que los ojos se le hicieran pasto de tanto estar tirado en medio del potrero.

Hay sueños que me persiguen a través de los días. Siempre he visto un patio de columnas grises, sombrío y luminoso, triste y alegre. En él estoy, a veces, encerrada y me paseo taciturna, abrazando las columnas que tienen justo la dimensión de mis brazos. Y otras veces lo contemplo desde una alta torre y pienso, melancólica, que aquel es mi sitio y no puedo llegar hasta él. Es un patio largo, silencioso, al que quiero y al que odio, que me comprende y me rechaza. Cuando me despierto, nunca sé si ha sido un sueño que me agrada o me atormenta. Pero recuerdo la realidad intacta de sus finas columnas.

*(Al hermanito Juan)*

Hoy te vi pasar por debajo de mi ventana. Y he vuelto a acordarme del mar. ¿Por qué siempre me acuerdo de él cuando te veo? Porque tus ojos tienen su mismo color, y son también, como el mar, húmedos y brillantes. El mar se enoja y se pone negro y lleno de olas; lo mismo que cuando tú te enfadas hasta que los ojos se te nublan y se te revuelven. Ni tus ojos ni el mar pueden cambiarse de sitio. Tus ojos estarán siem-

pre en tu cara, y el mar, allá lejos, cerca de mi casa. Por eso los dos tienen tan mal genio. No sé por qué te digo esto. Tal vez porque necesitaba escribirte.

Tengo ganas de hundir los ojos en algo amarillo. Estoy aburrida de las paredes blancas, de los delantales blancos, de las sábanas blancas. Es que el blanco es antipático. Sobre todo porque él se siente superior y envuelve las cosas con aire de protección. ¡Si pudiera abrir los ojos y encontrarme rodeada sólo de espigas! Ese ondulante amarillo que produce cosquilleos en la espalda. ¡Tengo tantas ganas de hundir los ojos en algo amarillo! ¡Terriblemente amarillo!

Ayer por la tarde acompañé a la señorita Ana a comprar unas medicinas. El hecho de salir es siempre un gran acontecimiento. La señorita Ana me pidió que la tomara del brazo y caminamos muy de prisa. No sé por qué caminábamos así. Daba la impresión de que huíamos. No sabría decir desde dónde, pero de pronto oí que nos seguían. Era alguien que daba grandes pasos y arrastraba un poco la pierna. La señorita Ana no lo advertía porque cuando apreté su brazo, se volvió hacia mí y me dijo sonriente: «¿Qué te pasa, querida?» Era inútil hacerle comprender. Me dí cuenta de que era inútil. Y los pasos del hombre—de inmediato pensé que era un hombre—me llenaban de miedo. Quise volverme en varias ocasiones, pero no fui capaz. Al doblar una esquina nos detuvimos un instante. En ese mismo momento dejé de oír los pasos. Pero en cuanto reiniciamos la marcha, volvieron a resonar terribles. Siempre una pierna se arrastraba y

ese sonido, poco a poco, se fué pareciendo a un chasquido. Era extraño que la señorita Ana no lo advirtiera, sobre todo al volver a cruzar el río. Entonces, oí las pisadas tan fuertes que llegaron a resonar en mi cabeza. No sé cómo pude mantenerme impasible. Lo hice sólo por la señorita Ana. Pero hubo momentos en los que creí no poder contenerme. Cuando regresamos las pisadas dejaron de oírse. Supuse que el hombre debía de haber tomado un tranvía y miré al interior de los que pasaron por mi lado. No pude descubrir nada. Ahora me parece mentira que haya podido tener miedo por una cosa así. Y hasta he llegado a pensar que no fué cierto, que estoy inventando todo esto: ¿para qué?; no sé para qué. Por eso lo escribo inmediatamente y tal como me parece que ocurrió.

Si miro hacia atrás, veo mi figura caminando a la sombra de las cosas, con los ojos inútilmente abiertos y las manos desesperadamente lentas. ¿Es que siempre fuí la misma? Soy aquella que lloró en los rincones porque todo era triste. La que corrió por los caminos cuando el sol era tibio y los pájaros cantaban y el viento era dulce como una vieja muñeca. La que amaba el río y los campos de cebada. Aquella que conoció el mar en su más honda intimidad, para olvidarlo.

Y soy esta que se mira hasta perderse. Aquí estoy y estoy aquí. Escribo y me contemplo. A qué preguntarme si siempre fuí la misma. Seguramente nunca soy ninguna.

Pronto empezarán las clases. Me lo anunció la señorita Ana, pero ya lo había advertido por cierto au-

mento de movimiento en la casa. Francamente no es una noticia que me agrade mucho. Tendré que estar con todos los compañeros iguales a mí, y pasar el tiempo oyendo repetir cosas que me aburren.

Estoy contenta de haber aprendido a leer, a escribir, de conocer los números. No quiero saber nada más. ¿De qué puede servirme la historia de todos los países o el resolver problemas con signos extraños? Absolutamente de nada, estoy convencida. En cambio, me es agradable pensar y descubrir cosas que realmente me gustan y ser capaz de escribirlas en este cuaderno, aun cuando a nadie le interesen y sean sólo mías.

Una vez más lo vi sentado en el banco del corredor, con su delantal verde a cuadros. Miraba con intensidad hacia el vacío. Lo miré con la misma intensidad. Me parecía que al mirarlo estaba a punto de descubrir algo. Era como si en su figura hubiese un secreto. Un secreto terriblemente importante. Pero no pude descubrirlo. Cuando estaba más cerca, él se paró lentamente y se fué. Me quedé inquieta y malhumorada. Casi descubrí ese algo que hay detrás de las figuras y de las cosas. ¡Si él no se hubiera puesto de pie! Pero siempre es lo mismo: hay cosas que no pueden descubrirse.

Han traído a la Biruja a tomar el sol en mi cuarto, y se ha quedado dormida sobre su silla de ruedas, la cabeza ligeramente inclinada, las manos sin temor sobre su falda; parece que casi no existiera. La miro acechando cualquier movimiento. Ella está aquí, dulce como una muñeca de cera. Su rostro inmóvil, detenido

en el ámbito de mi cuarto, tiene la fijeza de la muerte. ¿Es que cuando dormimos la muerte nos domina? En la Biruja su pequeña y frágil muerte reposa en sus ojos cerrados, en su nariz de suave línea, en los contornos pálidos de su rostro. Y le da a toda ella ese aire de imagen detenida, fija, esa calma definitiva que es la calma y el reposo de los muertos. Yo, en cambio, estoy en lucha con mi muerte, destruyendo con mis gestos su dura transparencia. Pero ella me sonríe desde el fondo de mí misma y crece conmigo en cada latido de mi sangre. Sí, ella está aquí. Nunca lo supe hasta ahora. Es necesario que aprenda a mirarla, a sentirla en sus finas raíces.

Esta tarde estuve caminando por los corredores. Llegué hasta los que quedan al otro lado del gimnasio. Casi todas las puertas estaban cerradas. Me gustan las puertas. Tienen siempre un aire de misterio, de complicidad. Aquí las puertas son muy iguales: blancas y con un número negro y pequeño arriba. Sin embargo, si uno las mira mucho, puede descubrir ciertas cosas. Hay algunas tímidas, que están como pidiendo perdón por no contar su secreto. Otras son fuertes, macizas, como si estuvieran orgullosas de lo que esconden. Hay puertas alegres, completamente inconscientes de su importancia. Esas hasta cantan un poco al moverlas. También hay algunas que se quejan, que se han vuelto menos blancas, como si hubieran llorado y los números se hubieran desteñido. La puerta de la Biruja es una puerta triste: a veces, al abrirla, la he oído lamentarse. Y la del hermanito Juan tiene mal genio y suele cerrarse de golpe, sumamente enojada.

He descubierto que hundiendo con los dedos los ojos es posible ver luces de colores. Al principio este descubrimiento me entretuvo mucho, pero ahora, ay, ahora es necesario que llueva. Cansadamente, largamente. Hasta que el sonido de la lluvia penetre a través de mi cuerpo y me lleve más allá de mí misma. Hasta que deje de ser para siempre.

Está húmeda la noche y hay un aliento salado que penetra por el resquicio de mi ventana. No puedo dormir. En vano pienso en los ojos fijos del hermano Juan, en su mano poderosa que arrancaba de la tierra raíces tiernas para que yo comiera a escondidas, en su voz ronca, gutural, que me enseñó el nombre de las flores. Todo eso está lejano. Y es, sin embargo, lo más vivo que tengo a mi lado. Fué penoso llegar aquí y si no hubiera sido por el hermanito Juan, creo que no habría hecho sino llorar. El ha sido el único que ha comprendido mi silencio.

Te quiero mucho, hermanito Juan. Y esta noche en que no puedo dormir, pienso en ti, desesperadamente. Te veo cruzar a mi lado con tu delantal blanco, tu paso seguro y me pego a tu sombra como si fuera una enredadera. Tú conoces todos los senderos y cuando estrechas mi mano, los viejos de dedos largos y siniestros rostros se alejan asustados. Conoces tantos secretos. Llevas una rama verde como guía. Tu paso es ligero, tu pulso palpita brioso como un galope de caballo. Todo desaparece. Somos tú y yo en un invisible bosque de vidrio, caminando hacia un aire de luces inmóviles, hacia zonas de ventura y abandono. Ah, lle-

gar allí, abrazados sin tocarnos, para flotar junto a las nubes de ojos muertos, con los rostros limpios y luminosos. Ser tú y yo solamente. Eternamente solos y unidos. Y brillar como las estrellas, sin acordarnos de nada más. Ser el olvido, la calma, la luz blanca y verdadera.

Dicen que la Biruja ha muerto. La puerta de su cuarto está cerrada. La señorita Ana lloraba desde temprano. Todos caminan en silencio. Nadie se mira.

Trato de comprender: la Biruja ha muerto. Y es inútil. Son sólo palabras.

He bajado al jardín para caminar hasta el muro del fondo. He mirado el cielo, los árboles, la hierba cubierta de hojas secas. Había en el aire una niebla de otoño, pero todo era lo mismo. ¿Podrá ser cierto y ser como siempre el día? ¿Y estar yo aquí, escribiendo y ella fría e inmóvil para siempre? No sé qué pensar. Me duele todo el cuerpo. Los ojos me pesan como si fueran enormes bolas de cristal. La Biruja, Biruja, Biruja, de largos cabellos rubios, con su frágil cuerpo en la silla de ruedas. No puedo seguir escribiendo.

Estoy en el fondo de un río. Camino a ciegas, tropezando con piedras y raíces que me hacen sangrar. Arriba suceden las cosas. Y no las siento. No siento nada. El río arrastra mi cuerpo empapado, desnudo, frío. Me llevan, me dejen llevar.

Sombras de caballos y pájaros me persiguen. Y el rostro de un viejo, de labios caídos y ojos burlones

me hace muecas desde el marco negro de ventanas que aparecen y desaparecen, unas en pos de otras. No puedo soportarlo. Mi cabeza da vueltas y un sudor frío empapa mis manos.

A ratos pienso en aquella muchacha que vendía naranjas en el pueblo. Pienso en naranjas, naranjas, naranjas. ¿Cómo sonará la risa en mi garganta? Naranjas, naranjas. ¡Yo, encerrada entre paredes blancas! Yo, que adoro las naranjas, naranjas. Ahí está nuevamente el viejo. Y no puedo soportarlo. Gritaré. Dentro de mí crece un grito. ¡Un grito! Y las sombras de los pájaros vuelan sobre mi cabeza y un caballo nada sobre la pared moviendo blandamente sus patas alargadas.

Me puse a gritar. Mis gritos eran negros y terribles como los pájaros de la noche. Cortaban el aire como pesados cuchillos de barro. Gritaba con todo mi cuerpo, con las manos en alto. Gritaba con furia, con violencia y con una alegría salvaje en cada grito.

La señorita Ana se asustó y me dió una medicina y me acarició los hombros. La dejé hacer. Después vino la fatiga y un cansancio sin límites y me dejé llevar con los ojos cerrados a un sueño que no era un sueño y era dulce. Fué consolador gritar en esa forma, aunque sé que no debía haberlo hecho.

Sí, la Biruja ha muerto. Hace por lo menos dos o tres días. De repente, no la vimos más. Cerraron su puerta. Vinieron los médicos y hablaron en voz baja. Hubo un tumulto de pasos precipitados. Nos manda-

ron al jardín. Estuve en cama después. No he querido saber nada y nadie me ha hablado.

La Biruja era como el aire de la mañana y ahí debe estar. Habrá dejado su silla de ruedas y vagará sola, entre las nubes que el sol hace nacer. Ella jugaba con piedras y caracoles, contaba historias que nadie podía comprender. Ahora no la veremos más. Se ha ido al aire, al primer sol de la mañana y su sonrisa será la forma de una nube.

No sé cuánto tiempo he estado enferma: perdí el hilo de los días. Pero no me importa. Ahora soy otra vez la misma. Me siento cansada como si hubiera viajado durante años. Y es dulce este cansancio. También como si volviera de un viaje, las cosas me parecen nuevas y un encanto, que nunca descubrí antes, envuelve mi cuarto. Habrá que comenzar nuevamente. ¿Por qué me digo esto? Lo ignoro. Es una manera de decirme algo.

El sol llega hasta mi cama, hasta una de mis manos abandonada sobre la colcha. Es un sol débil, blanquecino. Un sol que tiene pena y viene hacia mí para que lo consuele.

El hermanito Juan flota entre tules de baba, los ojos perdidos en un paisaje que nadie puede ver. Lo tocan y no siente. Lo llaman y no responde. Le han puesto su delantal blanco y él se queda quieto, de espaldas en su cama. Su cabello negro es como una pasta sin razón que enmarca la azulada palidez de su frente.

Ahí está en su habitación, como un juguete descompuesto. Inútil y solo, pero terriblemente hermoso. He ido a mirarlo, a escondidas—la señorita Ana no me habría dejado levantarme—porque, después de todo, es lo único verdadero que tengo.

Anoche comenzó a llover. Y ha llovido cansadamente. Es como si lloviera dentro de mí. Pienso en algunos caminos por los que antes anduve y que la lluvia y el tiempo habrán deshecho. Así también quedaré yo. Y me gusta pensar que, lentamente, me consumiré hasta perderme.

Aun quedan algunas gotas de agua que se equilibran en las hojas de los árboles. Juegan entre ellas y es el viento quien las ayuda. Los árboles parecen más árboles que nunca y el suelo mojado está oscuro como una sombra sin fin.

Mi garganta está llena de palabras hermosas como si fueran piedras de colores o conchas de pequeños caracoles.

Hoy siento ganas de hablar. Hablar más allá de la ronquera, más allá de la fatiga. Hablar y hablar hasta que mi cuerpo entero sea voz. Hasta que las estrellas sean mis voces. Hasta que el mundo sea sólo un grito: mi grito.